



## *Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”*



# VI – Muerte en el hamam

## 02 – Bronca en medio del campo

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 8

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)

[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 2 – Bronca en medio del campo

[De cómo Baïbars propone a El-Sâleh adelantarse con sus hombres a Damasco para defenderla, mientras el rey llega con el resto del ejército, y otra jugarreta de Sharaf El-Dîn, virrey de Damasco...]

[Y el narrador siguió su relato de este modo...]



Cuando terminó de leer este mensaje, el rey, cambió de humor de repente, y lo dejó caer al suelo.

- ¡Sólo Dios, el Altísimo, es todopoderoso! –exclamó– Hay que reconocer que basta con que un diablejo mueva el rabo para que los reyes de la Costa se levanten en pie de guerra: míralos, marchando sobre Damasco, bien decididos a conquistársela a Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsser.

Pasó la carta al gran visir Shâhîn que la leyó públicamente. Ni siquiera había terminado de leerla, cuando el emir Baïbars se levantó de su sitio y fue a inclinarse ante el rey, deseándole larga vida y victoria sobre sus enemigos.

- Con tu permiso, Servidor de las santas Ciudades, yo puedo partir inmediatamente para Damasco, a la cabeza de mis hombres, y defenderé la ciudad mientras espero a que llegue todo el ejército.

- Hijo mío, no olvides que tú eres el *seri askar*<sup>1</sup> del reino –objetó el rey–; tu lugar está justamente a la cabeza de todo el ejército.

- Sin duda alguna; pero si intervengo rápidamente, podría restablecer la situación y evitar bastantes sufrimientos a la población; por eso me parece preferible adelantarme con mis tropas. De todos modos, se decida lo que se decida, yo seguiré tus órdenes.

El rey, entonces, ordenó que le colocaran un caftán de honor sobre los hombros.

- ¡Ve tú por delante, hijo mío! –prosiguió–. Yo, capitanearé el resto del ejército, y me reuniré contigo allí. ¡Quiera Dios salvarte de todas las dificultades! ¡Sólo Él tiene poder sobre todas las cosas!

---

<sup>1</sup> Jefe de los ejércitos (título otomano, evidentemente anacrónico aquí). Baïbars, como la mayoría de los emires, dispone asimismo de un ejército personal.

Después de besar las manos del rey, Baïbars se retiró, seguido de su hermano, de su sobrino y del shah Qafyaq el Dailamita; cuando llegó a su palacio, dio órdenes a sus tropas de que hicieran todos los preparativos para la marcha.

Al día siguiente, el emir Baïbars montó en su caballo y, seguido de cincuenta mil caballeros con armaduras de hierro de pies a cabeza, tomaron la ruta de Siria. Franqueando estepas y desiertos, caminando por llanuras y desfiladeros, pronto llegaron a Gaza; desde allí, Baïbars envió un correo tártaro<sup>1</sup> al capitán Hasan El-Hôrâni, pidiéndole que reuniera a los *fidavis* y vinieran a su encuentro bajo las murallas de Damasco.

Siete días después de que partiera Baïbars, el rey El-Sâleh dio la orden al emir Aïbak de ponerse al mando del ejército de Egipto y partir para reunirse con Baïbars delante de Damasco. Dos días más tarde, el rey nombró a un lugarteniente general para asegurar en ese ínterin el poder real y, llevando consigo al resto de las tropas, visires y grandes del reino, abandonó la capital. Dejémosles caminar y volvamos a Baïbars y a sus compañeros.

Avanzando a marchas forzadas, no tardaron en llegar a la vista de Damasco; pero resulta que la ciudad ya estaba siendo asediada por el enemigo, que la asaltaba por todas partes y sometía a una dura prueba todas sus defensas. Furioso ante este espectáculo, Baïbars ordenó inmediatamente a sus tropas que cargaran contra el enemigo; como un furioso león, Baïbars se puso a la cabeza de la columna, y los cincuenta mil caballeros cargaron con un estruendo de tormenta, a los gritos de “¡*Allah akbar*!<sup>2</sup> ¡Conquista y victoria! ¡Muerte a los infieles! ¡Por el honor de Muhammad, señor del género humano!”

Y se enzarzaron en combate, afilado sable contra acerada lanza; pronto solo se veían caballos encabritados, arroyos de sangre corriendo por doquier, manos cortadas que volaban a diestro y siniestro. Durante cierto tiempo, la lucha permaneció sin que se decidiera una victoria; de ambos bandos, se abatían los sables, corría la sangre, el fuego de la guerra brillaba, los guerreros caían. Pero al medio día, el enemigo comenzó a ceder terreno, y una vez que hicieron batirse en retirada a los francos hasta una distancia de tres kilómetros de la ciudad, Baïbars y sus hombres volvieron grupas, recogiendo, de paso, los caballos dispersos y las armas abandonadas.

Baïbars contaba con poder refugiarse en la ciudad, esperando allí la llegada del ejército. Mas, cuál no sería su sorpresa cuando, al acercarse a las murallas, oyó que le daban el alto en el puesto de guardia:

---

<sup>1</sup> Los tártaros, reputados jinetes, eran empleados con frecuencia como mensajeros.

<sup>2</sup> ¡Dios es el más grande!

- ¡Pasa de largo, emir Baïbars, o te arrepentirás! ¡Como os acerquéis, tenemos órdenes de abrir fuego<sup>1</sup> contra ti y contra tus tropas!

Y el narrador prosiguió así...

De modo que Baïbars se vio forzado a alejarse de la ciudad; se fue a montar su campamento un poco más lejos; al borde del río A'waj, el que pasa por El-Kisweh<sup>2</sup>. Mientras tanto, Baïbars intentaba en vano comprender lo que le estaba pasando:

- Pero ¿de qué va toda esta historia? –se decía para sus adentros–. ¡Lucho por ellos, pongo en fuga a sus enemigos, y me echan de su casa como si yo fuera un bandido, un malhechor!

Y así anduvo desvelado hasta la media noche, reconcomido por la tristeza y la amargura; pero entonces, recibió un mensaje de su madre, Dama Fâtmeh hija de El-Aqwâssi.

*“Hijo mío –decía la Dama–, has de saber que las gentes de Damasco no tienen nada que ver en ese desaire. El único culpable es Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsser, que ha conseguido persuadir a los notables de que tú te habías aliado con los francos para luchar contra los musulmanes, y que la batalla de este mediodía no había sido más que una pantomima, porque, según él, tú pensabas de ese modo conseguir acceder a la ciudad para apoderarte de ella y entregarla a los reyes de la Costa, tus aliados.”*

Y aunque asqueado ante la bajeza y traición de Sharaf El-Dîn, Baïbars decidió poner al mal tiempo, buena cara. A la mañana siguiente, los francos avanzaron de nuevo sobre la ciudad, y organizaron un asalto de tal magnitud y con tal furor, que estuvieron a dos pasos de tomarla. Pero en ese momento, Baïbars ordenó a sus tropas cargar contra el enemigo y echarle lejos de las murallas.

- ¡Pero, emir, qué me estás diciendo! –se indignó el *shah* Qafyaq–. ¡Esos traidores nos echan como a perros, y ahora nos dices que vayamos a combatir para defenderlos!

- ¡Eso no importa! –replicó Baïbars–. ¡No podemos dejar que el enemigo se apodere de una ciudad tan importante y ejerza su tiranía sobre los musulmanes, y todo eso, por la única razón de que Issa El-Nâsser sea un canalla!

Y sin cambiar más palabras, Baïbars cargó contra el enemigo, a la cabeza de sus caballeros, más intrépidos que una manada de leones. La batalla se extendió hasta la noche: afilados sables contra puntiagudas lanzas, cadáveres dispersos por la arena, nubes de polvo a diestro y siniestro. Al día siguiente, más de lo mismo, y así, el cuarto y el quinto día: Baïbars y sus hombres, se esforzaban sin darse un respiro, rechazaron cinco asaltos dirigidos contra la ciudad e infligieron fuertes pérdidas al enemigo.

---

<sup>1</sup> Las alusiones a las armas de fuego en nuestro relato no son raras, lo que demuestra una vez más los anacronismos en los que incurre.

<sup>2</sup> Aldea situada a unos veinte kilómetros al sur de Damasco.

Al sexto día, anunciaron la llegada del emir Aïbak el Turcomano, a la cabeza del ejército egipcio; inmediatamente, el emir Sharaf El-Dîn, acompañado de los notables y dignatarios de la ciudad, salió a su encuentro, le acogió con los mayores honores e hizo que les trajeran provisiones para sus tropas y forraje para los caballos; tras lo cual, tomó a Aïbak aparte y le contó la trampa que le había tendido a Baïbars.

- ¡Por Dios! –aprobó Aïbak– ¡Has hecho muy bien! ¡Eso le parará los pies a ese hijo de puta de *farj-e Yazîd*<sup>1</sup>! ¡Y demasiado poco me parece para ese cabrón!

Esta nueva afrenta no hizo más que aumentar la cólera de Baïbars, y su rencor hacia Sharaf El-Dîn. Afortunadamente, dos días más tarde, fue el turno de los *fidauis* ismailíes, que llegaron allí: los ochentaicinco capitanes estaban todos al completo, a la cabeza de ochentaicinco mil caballeros, armados de *shâkriyyeh*<sup>2</sup>, y portando su toca roja. A la cabeza marchaba el hijo de Assad El-Dîn el Ceñudo, el capitán Sulaymân el Búfalo, que llevaba la oriflama del Imán Ali, el Caballero de los asaltos furiosos; y la tierra temblaba al galope de sus monturas.

Al darse cuenta de que Baïbars y sus compañeros estaban relegados aparte de los demás, y que acampaban a orillas del A'waj, esto les intrigó bastante, descabalaron de sus monturas, y, mientras los dos ejércitos confraternizaban, los capitanes se reunieron en la tienda de Baïbars. Tras los saludos de costumbre, le preguntaron por lo que pasaba, y por qué diablos se había montado su campamento en medio del campo y apartado del resto del ejército. Ante su reticencia a responder, le presionaron con más y más preguntas, hasta que al final no tuvo más remedio que contarles sus altercados con Sharaf El-Dîn, que le había cerrado las puertas de la ciudad en sus propias narices, mientras acogía a Aïbak con los mayores honores.

- ¡No ti vayas a hacer mala sangre por esi maricón liante del Sharaf El-Dîn, mi emircito! –le tranquilizó el capitán Sulaymân–. En primer lugar, esi no es más que un piqueñaño envidioso, y como si suele decir: “el envidioso jamás saldrá victorioso”. Y además, si tú quisieras, bien podríamos ir a hacerle una visitilla y traerte su asquirosa cabezota con la del otro mamón de Aïbak, ¡y después de nosotros, el diluvio!

- No, capitán, no creo que esa sea una buena solución. Dejemos las cosas como están hasta que llegue mi señor el rey El-Sâleh Ayyúb; entonces le pondremos al corriente de la situación, veremos lo que dice, y entonces obraremos en consecuencia. Como se suele decir, la cólera es mala consejera, y jamás hace daño reflexionar antes de actuar.

Dos días más tarde, llegó el rey El-Sâleh, acompañado de los dignatarios y grandes del reino. En cuanto echó pie a tierra, fue a instalarse a su pabellón real, rodeado de la respetuosa atención de los visires, emires y altos dignatarios, entre los que figuraba, naturalmente, Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsser, así como una delegación de las

---

<sup>1</sup> En persa “hijo de Yazid”. El califa omeya , Yazid, hijo de Mo'âwiya, que reinó del 662 al 680, es particularmente odiado por los persas shi'ies que le consideran responsable del martirio del imán Husayn, nieto del Profeta, en 680. Además el nombre de “Yazid” en persa se ha convertido en un insulto, algo así como llamarle a uno “Judas” en español.

<sup>2</sup> Arma habitual de los ismailíes en este relato. Se trata de una espada recta, larga y pesada, una especie de espadón.

grandes familias y notables de Damasco. Cuando se hubo reunido el Consejo al completo, el rey manifestó su extrañeza al no ver a Baïbars.

- Has de saber, oh, Comendador de los creyentes, que Baïbars se ha confabulado con el enemigo –declaró entonces Sharaf El-Dîn–. He sabido de fuente segura, que se preparaba para tomar esta ciudad y entregársela a los francos: ¡si tu majestad no hubiera llegado a tiempo, todos los musulmanes habrían sido pasados a fuego y espada; sus riquezas expoliadas y sus mujeres y niños reducidos a la esclavitud! Porque, nada más llegar, Baïbars se fue a montar sus tiendas a la ribera del A’waj, y ha hecho venir a los *fidauis* desde sus ciudadelas y castillos, con la intención manifiesta de instalarlos definitivamente en la provincia.

- ¡Escucha eso, visir! –dijo el rey El-Sâleh. ¡Al parecer Baïbars se ha conchabado con los francos y quiere entregarles la ciudad! ¿Crees eso posible, Shâhîn? ¿Podríamos esperar nosotros algo así? Nosotros, que le hemos criado, enriquecido, confiado nuestras tropas... Vamos, visir, envíale una orden para que se presente aquí, para confrontarle con nuestro excelente primo Sharaf El-Dîn; cuando hayamos escuchado lo que tenga que decir en su defensa, sabremos quién ha mentido, y quién dice verdad; y retribuiremos, según sus méritos.

El visir redactó inmediatamente una nota, puso su sello e hizo que se la llevaran a Baïbars; éste rompió el sello, desplegó la hoja y leyó lo siguiente:

*“Te has de presentar ante nosotros sin tardanza ni discusión. Y ten cuidado: vas a ser confrontado con Sharaf El-Dîn, en presencia del rey El-Sâleh. Hombre advertido, vale por dos. Saludos”.*

Y el narrador continuó de este modo...

Baïbars comprendió perfectamente lo que le quería decir el visir.

- Regresa junto a tu señor; yo te seguiré –le ordenó Baïbars al mensajero.

Hecho esto, convocó en el acto a los *fidauis* ismailíes, a los que puso al corriente de los últimos acontecimientos.

- Coged vuestras armas y abrid bien los ojos –les ordenó–. Si nos han tendido una trampa, ¡adelante, y a por todas! Así verán cómo nos las gastamos. Pero sobre todo, os voy a pedir encarecidamente que evitéis toda precipitación, pues la precipitación es la madre de los remordimientos: no os mováis antes de que yo os dé la señal.

Una vez hechas esas recomendaciones, Baïbars se colocó su armadura y se puso en marcha, acompañado de sus lugartenientes y seguido de ochentaicinco capitanes ismailíes, que llevaban a su vez sus propios lugartenientes: aquello parecía una marea de acero en marcha. Mientras tanto, los soldados de Baïbars y los ochentaicinco mil *fidauis* salieron de su campamento y fueron a tomar posiciones detrás del de Aïbak, prestos a intervenir si fuera necesario.

Baïbars llegó hasta el pabellón real, saludó al rey y le hizo una profunda reverencia, deseándole larga vida y prosperidad. El rey le devolvió el saludo y le pidió que ocupara el lugar que le correspondía por su rango. Mientras tanto, los capitanes y compañeros de Baïbars tomaron posiciones en el exterior del pabellón, como si lo hubiera rodeado una montaña de acero. Ante este panorama, un murmullo se extendió por la asamblea.

- ¡Uyuyuuuyyy! –masculló Qalaún– ¡Señor, protege a nosotros! ¡Todos los *fellahler*<sup>1</sup> llegar aquí!

Como si no hubiera visto nada, el rey se dirigió al emir Baïbars:

- ¿Es verdad, hijo mío, que te has aliado con los enemigos, tal y como afirma Sharaf El-Dîn, aquí presente, y que tenías la intención de entregarles la ciudad a los reyes de la Costa, haciendo causa común contra los musulmanes? Di la verdad, y habla sin temor ante los emires aquí reunidos.

- ¡No, por tu vida! –exclamó Baïbars– Soy totalmente inocente de esas acusaciones. Si tuve que disponer mi campamento cerca del A'waj, fue tan solo porque me dieron con las puertas de Damasco en las narices, y me impidieron entrar. De hecho, muchos notables de Damasco están presentes aquí, ante tu majestad: dízname preguntarles y ellos darán fe de que lo que digo es cierto, y así tendrán que reconocer sus errores.

Entonces el rey se volvió hacia los notables y les miró fijamente durante un buen rato, con una mirada tan profunda que parecía leer el fondo de sus almas.

- Bien, decid lo que tengáis que decir –les lanzó por fin el rey–, y no olvidéis que todos vosotros sois musulmanes.

- Nosotros hemos visto con nuestros propios ojos cómo Baïbars ha rechazado al enemigo, que estaba a punto de tomar la ciudad –declararon los notables–. No nos cabe la menor duda de que si Baïbars no hubiera venido en nuestra ayuda, los francos nos habrían degollado, habrían saqueado nuestras riquezas y reducido a la esclavitud a nuestros hijos. Eso es lo que sabemos y atestiguamos.

- ¡Que Dios te cubra de vergüenza, Sharaf El-Dîn! –tronó el rey atravesándole con una terrible mirada– Tú, que peinas canas, ¿cómo puedes rebajarte a difundir tales mentiras y ser tan hipócrita?! ¡Después de todo lo que Baïbars y sus hombres han hecho por vosotros, después de que hayan defendido vuestras vidas y el honor de vuestras familias, no encontráis una recompensa mejor que la de darle con la puerta en las narices y amenazarle con vuestros cañones, como si fuera el enemigo!

Aquello era demasiado para Sharaf El-Dîn, que no pudo contener su rabia al ser humillado de ese modo en público.

---

<sup>1</sup> En turco-árabe, “paletos”: así llamaban a los ismailíes los emires turcos, imbuidos de su superioridad social. Qalaún, y la mayor parte de los emires turcos, se expresan casi siempre en esa jerga cuartelaría, formada por un árabe mal hablado, salpicado de expresiones turcas.

- ¡Sucio esclavillo de mierda! –le espetó a Baïbars– ¡Por tu culpa hoy me han deshonrado ante los grandes del reino!

Y Salâh El-Dîn, empuñando la maza de armas que llevaba colgada de la cintura se la arrojó a la cabeza de Baïbars. Pero éste, la atrapó al vuelo, la besó, y se la devolvió a los pies de su dueño.

- ¡Recoge tu arma, emir Sharaf El-Dîn, e intenta no olvidar que estás en presencia del Comendador de los creyentes! –le remachó Baïbars– Y en lo que a mí respecta, ¡quiera Dios que yo fuera deshonrado para siempre si un día llegara a faltarle el respeto que yo debo a mi soberano y señor: si él no hubiera estado presente en este lugar, hoy tú no habrías salido vivo de aquí!

Baïbars se volvió hacia la entrada: allí estaban los *fidais*, con un fulgor amenazante en sus ojos, la mano sobre la guarda de sus *shâkriyyeh*. Hicieron ademán de lanzarse sobre Sharaf El-Dîn y sus hombres; pero Baïbars no tuvo tiempo más que de interponerse. Lanzó un grito, corrió a ponerse al frente de todos ellos y regresó rápidamente a su propio campamento.

Había tomado una sabia decisión: si los *fidais* se hubieran quedado un minuto más, la confrontación habría sido inevitable, y el resultado, una guerra de facciones, en la que millares de hombres habrían encontrado la muerte.

\*\*\*\* \* \* \* \* \*

Próximo relato de “Muerte en el hamam”...

## VI.3 ~ “Yauán se obstina”